

Si, como decía Mariano José de Larra, escribir es llorar, a los traductores ya no les quedan ni lágrimas. ACE Traductores, la sección de la asociación estatal de escritores donde se integran los traductores literarios, está redoblando sus esfuerzos para que, con la excusa de la inteligencia artificial generativa, no se precarice todavía más su trabajo. En un manifiesto afirman que “alzamos la voz para reivindicar la naturaleza intrínsecamente humana de las artes en general y de la traducción literaria en particular, exigiendo transparencia a la hora de emplear la IAG en los procesos editoriales”. Invitan a las editoriales a estampar en la cubierta de sus libros un sello donde se especifique claramente: “Traducción humana”. En un reciente acuerdo con la Unión de Asociaciones de Trabajadores Autónomos y Emprendedores (UATAE) para la defensa de los derechos laborales denuncian que “las tarifas de traducción editorial permanecen prácticamente congeladas desde hace más de veinte años”.

La presidenta de ACE Traductores, Amaya García Gallego, lleva 30 años en el oficio, la mitad en la traducción técnica, y la otra, en la literaria. Me dice que en su trabajo “un punto de partida esencial es el respeto: el respeto al autor y el respeto al lector. Hay que respetar lo que dice el autor y cómo lo dice, aunque no estemos de acuerdo con el contenido o no nos guste el estilo; la función del traductor no es enmendar, es elegir

Ser traductor en los tiempos del tío Chat



ANTONIO ITURBE

en el idioma de llegada las herramientas idóneas, las que honradamente creemos que habría usado el propio autor de haber escrito en ese idioma, para que el lector en esa lengua tenga una vivencia lo más parecida posible a la del lector en la lengua original”. Afirma que “no podemos simplificar o planchar conceptos complejos ni un estilo enrevesado, tenemos que dejar que el lector bregue con ellos y resistirnos a la tentación de masticárselo. Este respeto requiere de una profunda honradez con nosotros mismos y también de una gran humildad. Aunque, ¡ojó!, ser humildes no significa dejarnos humillar”.

Le pregunto al vicepresidente de la asociación de traductores, Javier Roma, cómo se ha llegado a una situación en que un colectivo haya visto las tarifas congeladas durante veinte años: “Las principales razones son la desigualdad de las partes y nuestra ausencia de poder real para negociar condiciones, tanto de tarifas como de plazos de entrega, que cada vez son más cortos porque cada vez hay más sobreproducción editorial”.

Me parece que la IA es muy eficiente y va a mejorar, y me temo que muchas editoriales pueden verse tentadas a usar la máquina para traducir gratis con un leve repaso final. Pero él no lo tiene tan claro: “Ni que sea tan

eficiente ni que vaya a mejorar tanto. Más bien, tras esa aparente evidencia, intuyo el discurso del miedo que se usa a menudo para precarizar aún más a profesiones invisibilizadas como la nuestra y tantas otras. Está por ver que esa transformación vaya a ser tan extrema, rápida y eficiente como auguran las grandes tecnológicas. Al fin y al cabo, la mayoría de quienes defienden que esa práctica es posible, e incluso deseable, desconocen por completo el tiempo, la dedicación, el rigor y la sensibilidad necesarias para desempeñar trabajos como el nuestro. ¿A qué tipo de lector irían destinados esos textos insulsos revisados a toda pastilla por algún machacateclas precariza-

do? Por eso, ACE Traductores ha creado un sello de traducción humana, que ya están usando varias editoriales, para que no se les falte al respeto a los lectores dándoles datos por libros”. Amaya García Gallego dice algo que no deberíamos perder de vista: “Yo no considero que traduzco para las editoriales, sino que traduzco PARA los lectores CON las editoriales”. /



La tarea del traductor, a menudo poco valorada

ITAKDALEE / GETTY IMAGES